

ANTONIO FOGAZZARO

El Santo

GRANDES CLÁSICOS  FUNAMBULISTA



El Santo

Grandes Clásicos

Antonio Fogazzaro

El Santo

Traducción y prefacio de Gian Luca Luisi



Primera edición: marzo de 2015

Título original: *Il Santo* (1905)

© de la traducción y del prefacio: Gian Luca Luisi, 2015

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2015
c/ Flamenco, 26 - 28231 - Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en bibliotecas públicas de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

BIC: FC

ISBN: 978-84-943769-1-7
Depósito Legal: M-9922-2015

Maquetación de interiores y cubierta: Diana Labrador Muñoz

Motivo de la cubierta: *Vista de Santa Scolastica en Subiaco*,
Achille-Etna Michallon, 1818

Impresión y producción gráfica: Artes Gráficas Cofás

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

El Santo

LIBROS QUE MARCAN CAMINOS

(*PREFACIO*)

Cuando se habla sobre gustos personales o de libros en particular, a veces suelen hacerse preguntas muy recurrentes. Imagino que a mucha gente le habrá pasado que alguien le pregunte: «¿Y cuál es tu libro favorito?». Personalmente, me ha ocurrido en varias ocasiones, pero no sé nunca qué contestar. Debería tener una respuesta ya preparada, pero es difícil decidir cuál es el libro que pondría por encima de los demás en una especial clasificación basada exclusivamente en criterios subjetivos. Hay tal cantidad de factores que, por lo menos para mí, resulta complicado tomar una decisión.

Una respuesta que oí hace tiempo y que me pareció muy coherente fue la de una persona muy querida y que me ayudó muchísimo durante la traducción de *El Santo*. Primero respondió que no sabría decir, pero enseguida añadió, con mucha seguridad, que, en cambio, sí podía decir cuál era el libro que más le había marcado

el camino en su vida. Era *San Manuel bueno, mártir*, de Unamuno. Explicó que, tal vez, no era el mejor libro que había pasado por sus manos, pero era una obra que en el momento en que la leyó le había aportado unas respuestas que iba buscando sobre su propia creencia religiosa y había influido, indirectamente, en muchas de sus decisiones futuras.

Mientras traducía *El Santo*, me acordaba a menudo de esta respuesta y del libro de Unamuno —que, naturalmente, volví a leer—, porque, de diferentes maneras, las dos novelas tienen aspectos comunes: intentan investigar en las profundidades del alma a través de las creencias religiosas, a través de los tormentos espirituales de unos protagonistas que, en ambos casos, pertenecen a la propia Iglesia. (Luego, descubrí que hay varios estudios sobre los paralelismos entre estas dos novelas, y puede ser que el libro de Fogazzaro haya inspirado en parte la redacción del texto de Unamuno.)

La «agonía» —en el sentido de lucha, para decirlo en términos unamunianos— del sacerdote protagonista del relato del escritor bilbaíno atormentado por su falta de fe es una «agonía» diferente a la de Piero Maironi en *El Santo*, pero muy similar en cuanto al germen que la propicia. Visto todo ello, claro está, en el contexto religioso de la época.

Por eso creo que es necesario, tal vez, antes de empezar la lectura de este libro, hacer una pequeña anotación histórica para aclarar unos pasajes fundamentales del libro.

El Santo fue publicado en noviembre de 1905 en pleno modernismo teológico, el movimiento de renovación en el seno de la Iglesia católica promovido por algunos exponentes de la misma cultura católica a finales del siglo XIX. Entre los más relevantes hay que citar a Alfred Loisy y a George Tyrrell. Antonio Fogazzaro

se acercó a este movimiento, que fomentaba la idea de adaptar la religión católica a todas las conquistas de la época moderna y renovarla en nombre de la cultura y del progreso social. El término «modernismo teológico» fue elegido con un sentido despreciativo por los adversarios del movimiento —la misma jerarquía eclesiástica—, aunque los «modernistas» especificaban que ellos eran verdaderos católicos, solo que intentaban vivir en armonía con el espíritu de su tiempo afirmando, además, que su propósito era el de quedarse en la Iglesia para efectuar una reforma dentro de ella y no en contra de ella. El laico Fogazzaro, autor ya universalmente conocido como uno de los grandes novelistas italianos de la segunda mitad del siglo XIX, creía ciegamente en esta renovación y esperaba que, después de la muerte de León XIII, en 1903, la elección del nuevo papa diera el impulso necesario para efectuar esas reformas que anhelaba el modernismo teológico. La elección del conservador Giuseppe Sarto, con el nombre de Pío X, en cambio, defraudó completamente tales expectativas.

El Santo es el fruto de esta situación histórico-religiosa y de esta ideología, y tuvo el mérito de popularizar las ideas del movimiento modernista teológico, ya que disfrutó enseguida de una gran aceptación por parte del público. Sin embargo, su publicación provocó una fuerte contrariedad entre el alto clero, que enseguida —apenas unos pocos meses después de su publicación— lo condenó como uno de los libros prohibidos por la Congregación del Índice. Todo esto preludiará lo que será el decreto *Lamentabili sane exitu* y la encíclica *Pascendi Dominici gregis*, de 1907, con los cuales el papa Pío X condenó oficialmente el modernismo teológico.

Otro pequeño apunte merece la historia ficticia de los personajes de *El Santo*, que es la continuación ideal de dos obras anteriores de Fogazzaro: *Pequeño mundo antiguo* y *Pequeño mundo*

moderno. Con esta última tiene en común los atormentados protagonistas, Piero Maironi y Jeanne Dessalle. Piero, hijo de los protagonistas de *Pequeño mundo antiguo* —Franco Maironi y Luisa Rigey, dos jóvenes con ideas liberales inmersos en el escenario de la Reunificación italiana, en la que, con mucha probabilidad, sea la obra maestra de Fogazzaro—, casado con una mujer psíquicamente enferma, conoce a Jeanne, y se enamora de ella. La historia del amor apasionado, pero pecaminoso e imposible, despierta en los dos personajes unos sentimientos contrastados y unos remordimientos que llevarán a Piero, después de la muerte de su mujer, a enfrentarse con su conciencia. Decide, afligido por el sentimiento de culpa, abandonar el mundo material, huir y buscar refugio en la expiación religiosa. Nadie sabrá nada de él hasta que Jeanne... Hasta aquí podemos contar. El lector hallará la respuesta en el libro que tiene entre las manos.

La labor de buscar soluciones que se mantuvieran fieles —dentro de lo posible— al espíritu del autor ha sido una tarea estimulante para este traductor, sobre todo cuando la historia pierde su carácter ficticio y entra en un ámbito más filosófico. A pesar de procurar en todo momento no caer en un estilo arcaizante y todavía decimonónico de escritura de principios del siglo xx, he intentado dejar lo más parecido posible los pasajes en que los pensamientos y las tormentas interiores —que muy a menudo acompañan las tormentas exteriores— parecen agredir a los personajes, para luego dejarlos en un estado de serenidad, y para ello he procurado conservar ese toque musical capaz de hacer vibrar todas las cuerdas de las emociones que es tan típico de la prosa de Fogazzaro.

Como colofón a este prefacio sirvan unas frases de un artículo que escribió José Ortega y Gasset sobre *El Santo*. Esta novela, dice Ortega, «se propone con energía un problema doliente del alma contemporánea sobre el cual obligó a meditar [...] yo debo gratitud a este libro; leyéndolo he sentido lo que hace mucho tiempo no he podido gustar: la emoción católica [...]; ha reanimado algunas cenizas que quedaban ocultas en las rendijas de mi hogar espiritual [...]». Esta novela, pues, es una invitación a meditar, abrir la mente, cuestionar unos preceptos, sacudir unas conciencias, despertar emociones, dar unas respuestas. Este es el objetivo de cierto tipo de literatura a la que, sin duda, pertenecen obras como *San Manuel bueno, mártir* y *El Santo*.

GIAN LUCA LUISI
Marzo de 2015

El Santo

Capítulo I

LAC D'AMOUR

Jeanne apoyó, abierto sobre las rodillas, el fino librito que estaba leyendo cerca de la ventana. Contempló pensativa, en el agua plúmbea y oval que dormía a sus pies, el pasar de las nubes primaverales que, poco a poco, iban decolorando el chalé, el jardín desierto, los árboles en la otra orilla, los campos lejanos, a la izquierda el puente, a la derecha los tranquilos caminos que se perdían tras el Béguinage, y los tejados puntiagudos de la gran mística muerta, Brujas. ¡Ah, si esa *Intruse* sobre la que estaba leyendo, si aquella funérea visitadora se paseara en ese momento, invisible, por la ciudad sepulcral, si las breves arrugas del agua plúmbea fueran su huella, si ella tocara ya la orilla, el umbral de la mansión trayendo consigo su suspirado don de sueño eterno! Dieron las cinco; arriba, cerca de las blancas nubes, mágicas voces de innumerables campanas entonaron, encima de las casas,

de las plazas, de las calles de Brujas, el melancólico hechizo que eterniza el sopor de la ciudad. Jeanne sintió dos manos frescas que le cubrieron los ojos, un aura perfumada en la cara, y en los cabellos, un aliento, un murmullo: «*encore une intruse!*»,¹ un beso. No pareció sorprendida. Levantó la mano para acariciar la cara inclinada sobre ella y dijo solamente:

—Ay, Noemi. ¡Ojalá fueras tú la *Intruse!*

La señorita Noemi no entendió.

—¿*Ojalá?* —dijo ella—. ¿Qué significa? ¿Qué es?, ¿árabe? Explícate ya.

Jeanne se levantó.

—De todos modos, no lo entenderías —dijo ella con una sonrisa triste—. ¿Vamos ahora a hacer nuestro ejercicio de conversación en italiano?

—¡Sí, por favor!

—¿Adónde has ido con mi hermano?

—Al Hospital de San Juan, a ver a Memling.

—Bien, háblame de Memling... No, antes dime si Carlino se te ha declarado.

La señorita se rio.

—Sí, me ha declarado la guerra y yo *a le*.

—*Y yo a él*, se dice. Querría que se enamorara de ti —añadió Jeanne, seria.

La señorita frunció el ceño.

—Yo no querría —dijo.

—¿Por qué? ¿No es simpático? ¿No tiene sentido del humor? ¿No es culto? ¿No es distinto? Y, además, es rico, lo sabes. Despreciamos la riqueza, si quieres, pero da comodidad.

1. «Todavía una intrusa». En francés en el original. (*Todas las notas son del traductor.*)

Noemi d'Arxel apoyó las manos en los hombros de la amiga y la miró en las pupilas. Los ojos azules eran serios y tristes. Los ojos avellana sostenían aquella mirada con una firmeza que destellaba, alternativamente, desafío, enojo y risa.

—Entretanto —dijo la señorita—, el señor Carlino me gusta para ir a ver a Memling, para tocar a cuatro manos música clásica y también para que me deje leer a Kempis, a pesar de que su nuevo amor por Kempis parece una profanación si pienso en que él no cree en nada. *Je suis catholique autant qu'on peut l'être lorsqu'on ne l'est pas;*² sin embargo, cuando oigo a un descreído como es tu hermano leer a Kempis tan bien, ¡casi pierdo yo también mi fe cristiana! ¡Lo quiero porque es tu hermano, pero nada más! ¡Oh, esta señora Jeanne Dessalle a veces dice cada cosa... cada cosa...! No sé, no sé, no sé. Pero *warte nur, du Räthsel,*³ como me decía mi institutriz. ¡Espera, acertijo!

—¿Qué tengo que esperar?

Noemi rodeó con un brazo el cuello de la amiga.

—Yo te exploraré el alma con una sonda que traerá arriba perlas muy grandes, muy bellas e incluso alguna alga, tal vez, un poco de barro del fondo y quizá una pequeñísima *pieuvre*.⁴

—No me conoces —replicó Jeanne—. Eres la única persona, de mis amigos, que no me conoce.

—Ya, solo los que te adoran te conocen, digo yo, ¿eh? Oh, sí, esta es la manía que tienes: pensar que todo el mundo te adora.

Jeanne puso sus habituales morritos de niña enfadada.

2. «Soy católico tanto como uno puede serlo cuando no lo es». En francés en el original.

3. «Espera un momento, acertijo». En alemán en el original.

4. «Pulpo». En francés en el original.

—¡Qué tonta! —dijo. Y enseguida corrigió la palabra con un beso y un mohín, mitad sonrisa, mitad queja—. ¡Las mujeres! —continuó—. ¡Las mujeres, siempre te lo he dicho, me adoran! ¿Quieres decir que no me adoras... tú?

—*Mais point du tout!*⁵ —exclamó Noemi.

Los ojos de Jeanne brillaron de malicia y de dulzura.

—No, se dice: «¡Sí, de todo corazón!».

Los hermanos Dessalle habían pasado el verano anterior en Maloja. Jeanne, tratando de ser una compañía agradable y escondiendo lo mejor que podía su herida incurable; Carlino, buscando, durante las horas místicas, en Sils Maria y en los alrededores, las huellas de Nietzsche, coqueteando durante las horas mundanas ora con una dama ora con otra, comiendo a menudo en Sankt Moritz e incluso en Pontresina, tocando música con un encargado militar de la embajada alemana en Roma y con Noemi d'Arxel, conversando de religión con la hermana y con el cuñado de ella. Las dos hermanas D'Arxel, huérfanas, eran belgas de nacimiento, holandesas de origen y protestantes. La mayor de ellas, Maria, se había casado, después de un idilio original y poético, con el viejo pensador italiano Giovanni Selva, quien sería más famoso en Italia si los italianos tuvieran mayor interés por los estudios religiosos, ya que Selva es, tal vez, el más legítimo representante italiano del catolicismo progresista. Maria se había convertido al catolicismo antes del matrimonio. Los Selva pasaban el invierno en Roma, y el resto del año, en Subiaco. Noemi, que se había mantenido fiel a la religión de sus padres, alternaba Bruselas con Italia. Ahora bien, la vieja institutriz con la que vivía en Bruselas había fallecido hacía un mes, a finales de marzo, y Giovanni Selva y su mujer no habían podido, a causa de una indisposición del primero, ir a atender a

5. «¡Pero en absoluto!». En francés en el original.

Noemi en tales circunstancias. Jeanne Dessalle, que había estrechado especiales lazos de amistad con Noemi, había persuadido al hermano para realizar un viaje a Bélgica, país que él no conocía, y había ofrecido, pues, a los Selva ir a Bruselas en su lugar. Y así, por estas razones, hacia finales de abril, Noemi se encontraba en Brujas con los Dessalle. Vivían en un chalé, a la orilla de un pequeño espejo de agua llamado Lac d'amour. Carlino se había enamorado de Brujas y, de manera especial, de Lac d'amour como título para una novela que soñaba con escribir, sin tener todavía en la cabeza nada más que la complacencia profética de enseñar al mundo un exquisito y original magisterio artístico.

—*En tout cas*⁶ —replicó Noemi—, ¡de todo corazón, no!

—¿Por qué?

—Porque mi corazón lo estoy ofreciendo a otra persona.

—¿A quién?

—A un monje.

Jeanne se sobresaltó, y Noemi, confidente de la amiga, de su incurable amor por el hombre desaparecido, probablemente sepultado en alguna ignota soledad claustral, tuvo miedo de haberse equivocado en la manera de empezar un discurso que tenía en la cabeza.

—¡A propósito, Memling! —dijo, sonrojándose mucho—. ¡Tenemos que hablar de Memling!

Lo dijo en francés y Jeanne le susurró:

—Sabes que tienes que hablar en italiano.

Sus ojos estaban tan tristes y amargos que Noemi no habló en italiano; le dijo, todavía en francés, muchas cosas tiernas, imploró una palabra de consuelo, un beso, y obtuvo lo uno y lo otro. No consiguió serenar a Jeanne que, sin embargo, acariciando

6. «De todos modos». En francés en el original.

con ambas manos a la amiga por todo el arco que formaban sus cabellos y mirando su labor cariñosa, le decía en voz baja que no temiera haberla herido. Triste, sí, lo estaba. ¡Esto no era una novedad! Era verdad: feliz no lo estaba nunca, Noemi lo admitió; pero ese día las nubes internas parecían más densas. Culpa de la *Intruse*, tal vez. Jeanne dijo: «¡Eso es!», con una cara y un tono que querían significar que la *Intruse*, culpable de su melancolía, no era la intrusa imaginaria del libro, sino La Parca terrible en persona.

—Recibí una carta de Italia —dijo, después de haberse resistido débilmente a las apremiantes preguntas de Noemi—. Ha muerto don Giuseppe Flores.

¿Flores? ¿Quién era? Noemi ya no se acordaba y Jeanne la regañó con dureza, como si semejante olvido la hiciese indigna de su oficio de confidente. Don Giuseppe Flores era el viejo sacerdote véneto que le había llevado a villa Diedo el último mensaje de Piero Maironi. Ella pensó que él era quien había aconsejado a su amante que abandonara el mundo material, y no se había contentado con reservarle una acogida fría, lo había punzado con alusiones irónicas sobre su actuación, digna de un ministro de la infinita Piedad. El viejo, usando palabras solemnes y suaves, le había contestado con tanto conocimiento de sabiduría espiritual, y su cara se había hecho, mientras hablaba, tan venerable que ella había acabado por pedirle disculpas y por rogarle que fuera a verla otras veces. Y, efectivamente, él había vuelto dos veces, pero no la había encontrado en casa. Entonces, había ido ella a verlo a su morada solitaria, y de aquella visita, de aquella conversación con el viejo de tan gran intelecto, tan humilde de corazón, tan cálido de alma, tan verecundo y casi tímido en la palabra, guardaba recuerdos indelebles. Él había muerto, le escribían, entregándose dulcemente a la Divina

Voluntad. Poco antes de morir, durante una noche entera, había soñado sin tregua con las palabras del criado fiel de la parábola de los talentos: «*Ecce superlucratus sum alia quinque*»⁷ y la última voz había sido: «*Non fiat voluntas mea sed tua*».⁸ Quien le había escrito no sabía que, no obstante algunas turbaciones de su conciencia, no obstante algunos asaltos de deseos religiosos, Jeanne se oponía, tan inexorablemente como en el pasado, a la idea de Dios y de la inmortalidad humana como ilusiones eternas, y que, si ella iba de vez en cuando a misa, solo era para no darse un aire odioso de libre pensadora, y no por otra cosa.

Ella no contó a Noemi esos detalles de la muerte de don Giuseppe, pero volvía a pensar en ellos con la oscura sensación, mortalmente amarga, de que ella habría tenido una suerte muy diferente si hubiera podido creer de la misma manera que el sacerdote; porque en el fondo del alma de Piero Maironi siempre había habido una religiosidad atávica, y ese día ella estaba convencida de que, cuando le hubo confesado, la noche del eclipse, que no era creyente, había escrito su desventura en el libro del destino. Y pensaba en otra parte —que también había ocultado a Noemi— de la angustiosa carta que le había llegado de Italia. Se notaba su sufrimiento a pesar de que no lo dijese. Noemi le apoyó sus labios en la frente y los mantuvo silenciosamente; sintió el oculto dolor que aceptaba su piedad, se separó finalmente del beso, despacio, muy despacio, casi con miedo de romper algún delicado hilo entre las almas unidas, y murmuró:

—Tal vez ese buen viejo sabía dónde... ¿Crees que estaba en contacto...?

Jeanne hizo que no con la cabeza. En el septiembre siguiente al julio doloroso, su desdichado marido había muerto en Venecia

7. «Mira, he ganado otros cinco». Mateo, 25:20.

8. «No se haga mi voluntad, sino la tuya». Lucas, 22:42.

de *delirium tremens*. Ella había ido a casa de Giuseppe Flores en octubre, y allí —en el mismo jardín donde también la marquesa Scremin había ido abriendo a don Giuseppe su pobre y viejo corazón atormentado— le había manifestado el deseo de que Piero supiera de aquella muerte, supiera que podía pensar en ella, si eso volvía a ocurrir alguna vez, sin ninguna sensación de culpabilidad. Don Giuseppe, en un primer momento, le había dulcemente desaconsejado que siguiera aquel sueño, y, luego, le había dicho, con toda sinceridad, que no había vuelto a tener noticia de Piero desde el día de su desaparición.

Como temía otras preguntas, reacia a que le tocaran la herida manos inexpertas, Jeanne deseó cambiar de tema:

—Cuéntame algo de tu monje —dijo.

Pero, justo en ese momento, se oyó en la antesala la voz de Carlino.

—Ahora no —contestó Noemi—. Esta noche.

Carlino entró con el cuello envuelto en seda blanca y refunfuñando contra el Lac d'amour que, al final, había resultado ser un gran engaño y solo infectaba el aire con pequeñas y odiosas criaturas venenosas para sus amígdalas.

—A decir verdad —dijo él—, el propio amor no es mejor.

Noemi le prohibió hablar de amor. ¡Cómo podía hablar él de amor; él, que no lo entendía! Carlino se lo agradeció. Estaba a punto de enamorarse de ella, pero al final había tenido un miedo enorme. Esas palabras, que habían llegado justo después de que él la viera aparecer con una desordenada pluma encima de un detestable sombrero y después de cierta frase muy burguesamente admirativa sobre aquel aburrido pobre diablo que es Mendelssohn,

lo habían salvado *à jamais*.⁹ Los dos intercambiaron otras impertinencias y Carlino estuvo tan brioso, a pesar de sus amígdalas inflamadas, que la señorita D'Arxel lo felicitó por su novela.

—Se entiende que avanza bien —dijo ella.

—¿Qué? ¡En absoluto! —contestó el novelista.

No avanzaba en absoluto bien, al contrario: se había estancado en una situación desesperada. Lo sabía el esófago del autor, que tenía allí a dos personajes incapaces de bajar y de volver a subir: uno, gordo y bueno; y el otro, delgado y punzante, muy similar a la señorita D'Arxel. Le parecía haber tragado a la vez un higo y una abeja, como un desventurado campesino toscano que había muerto por esta razón unos días antes. La «abeja» creyó que tenía ganas de hablar del tema, lo picó y lo volvió a picar hasta el punto de que al final habló. Su novela versaba sobre un caso curioso de contagio espiritual. El protagonista era un sacerdote francés de ochenta años, devoto, puro y erudito. ¿Francés? ¿Por qué francés? ¡Bah! Porque el personaje necesitaba un cierto color de imaginación poética, de cierta movilidad sentimental y de cosas por el estilo que no se encuentran en un sacerdote italiano, según Carlino, aunque se pudiera examinar el interior de mil de ellos. Un día, este sacerdote confiesa a un hombre de gran ingenio, combatido por terribles dudas sobre la fe. Una vez acabada la confesión, el penitente se va tranquilamente y el confesor se queda turbado por sus propias creencias. Ahora, tenía que proseguir con un análisis detallado y largo de los siguientes estados de conciencia de este anciano, que esperaba la muerte día tras día con la inquietud de un estudiante que espera en el vestíbulo de la escuela su turno para hacer el examen y no halla ya nada en su cabeza. Entonces va a Brujas. Y en este punto la hostil interruptora exclamó:

9. «Para siempre». En francés en el original.

—¿A Brujas? ¿Por qué?

—Porque yo soy su papa —contestó Carlino— y lo mando donde me da la gana. Porque en Brujas hay un silencio de antecámara de la eternidad, y ese carillón, que ya empieza a hartarme, puede incluso pasar por un reclamo de los ángeles. Y, finalmente, porque en Brujas hay una muchacha morenita, delgada, alta y que se puede incluso considerar inteligente, a pesar de que hable mal italiano y no entienda de música.

Noemi torció los labios y frunció la nariz.

—¡Qué tontería! —dijo.

Carlino prosiguió diciendo que no sabía todavía cómo, pero que, en resumidas cuentas, de alguna manera, la morenita acabaría siendo penitente del viejo sacerdote. Noemi protestó riéndose: ¿y eso?, ¿entonces no era ella!, ¿una hereje?, ¿que se confiesa? Carlino se encogió de hombros. Drama más, drama menos, protestantismo y catolicismo eran lo mismo. Entonces el viejo sacerdote reencontraría su antigua fe en el contacto con la fe humilde y segura de ella. En ese momento Carlino abrió un paréntesis en su narración para confesar que, en realidad, no sabía qué tipo de fe tenía Noemi. Ella se sonrojó y contestó que era protestante. Protestante, sí; pero ¿humilde? ¿Y segura? Noemi se impacientó.

—¡En fin, soy protestante —dijo ella—, y usted no se preocupe ya de mi fe!

En efecto, Noemi tenía las ideas muy claras sobre su religión, no en virtud de reflexiones, sino por afecto reverente hacia la memoria de sus padres; y, en el fondo de su corazón, no había aprobado la conversión de la hermana.

Carlino continuó. Una influencia mística sexual conduce al viejo a buscar una armonía de almas con la muchacha.

—¡Qué lío! —dijo Noemi con el habitual mohín de los labios. Y Carlino prosiguió impertérrito. El fin, lo nuevo, lo especial de su libro era precisamente el análisis de esta recóndita influencia sexual en el viejo y también en la muchacha.

—¡Carlino! —dijo Jeanne—. Pero ¿qué ideas se te ocurren? ¿Un viejo de ochenta años?

Carlino miró hacia el cielo como para decir a algún amigo invisible superior: «¡No entienden nada!».

Su deseo era el de envejecer aún más al sacerdote y hacer que tuviera noventa años, hacer de él una especie de ser intermedio entre hombre y espíritu, que tuviese en los ojos las nebulosas profundidades de las cosas eternas inminentes. Y que la muchacha tuviese en la sangre aquella misteriosa inclinación hacia los mayores, algo que no es infrecuente en su género, que es el verdadero estigma de la nobleza femenina, gracias al cual, una mujer se distingue de una hembra cualquiera. Carlino sentía en su cabeza algo divino al hablar de este místico sentimiento que atrae a la muchacha de veinticuatro años hacia el hombre de noventa, sacerdote, cercano a pasar a mejor vida, diáfano, pero ni encorvado, ni trémulo, ni con la voz apagada. Es frecuente ver a este tipo de viejos, a quienes el alto espíritu erige invictos contra el tiempo. Pero ¿cómo acabaría esta historia? Ni Noemi ni Jeanne conseguían figurárselo. Pues sí, Carlino lo había dicho desde el principio: el higo y la abeja, que no podían ni bajar ni volver a subir. Sin embargo, encontraba un consuelo: la necesidad de acabar, al fin y al cabo, era solo un prejuicio de tendero. ¿Qué es lo que realmente tiene fin en este mundo? Es cierto, decían las damas, pero el libro tiene que tener un final. ¡Es verdad! La última escena, de belleza inefable, sería un paseo nocturno, al claro de luna, del sacerdote y de la joven por las calles de Brujas, en que sus almas se abrirían hasta confiarse

intimidades casi de amantes y sueños casi de profetas. Los dos se encontrarían a medianoche ante las aguas dormidas del Lac d'amour, escucharían inmóviles el sonido místico del carillón bajo las nubes y recibirían entonces la incierta revelación de la sexualidad de sus almas, de un futuro de amor en la estrella Fomalhaut.

—¿Y por qué en la estrella Fomalhaut? —exclamó Noemi.

—¡Usted es insoportable! —contestó Carlino—. Porque es un nombre delicioso, tiene el sonido endurecido por el hielo alemán, pero lleno de espíritu que se derrite en el sol de Oriente.

—¡Dios mío, qué artificial! A mí me gusta Algol.

—Usted y su sacerdote irán a Algol.

Noemi se rio, y Carlino se dirigió a Jeanne. ¿Qué estrella prefería? Jeanne no lo sabía, no había prestado atención. A Carlino esto lo irritó muchísimo, pareció como si quisiera regañarla, y no por su distracción, sino por los ocultos pensamientos culpables de esa distracción; y casi con miedo de decir demasiado, la mandó a meditar, a soñar, a escribir la filosofía del humo y de las nubes. Sin embargo, luego, cuando ella, en nada molesta, estuvo a punto de irse, la volvió a llamar para preguntarle si, por lo menos, había escuchado cómo acabaría la novela. Sí, esto lo había oído: con un paseo de la heroína y del héroe por Brujas, bajo el claro de luna.

—Bien —dijo Carlino—, como esta noche hay luna, necesitaré pasear de diez a doce con Noemi y contigo para tomar apuntes.

—¿Tengo que disfrazarme de sacerdote? —contestó Jeanne al salir.

Noemi quería seguirla, pero la misma Jeanne le rogó que se quedara. Y se quedó para decir a Carlino que él no era digno de semejante hermana. Carlino fue a buscar al músico una partitura de Bach refunfuñando que ella no sabía nada, no sabía nada. Riñeron bastante y ni siquiera Bach los pudo pacificar pronto; du-

rante un buen rato aguantaron, incluso tocando, provocándose el uno al otro, antes por Jeanne, y después por las notas equivocadas. Pero, al fin, el musical arroyo límpido que sus cóleras rompían como piedras espumeantes las rebasó y fluyó reflejando el cielo y las idílicas orillas.

Jeanne se llevó a su habitación *L'Intruse*, pero no volvió a leer. También su cuarto daba al Lac d'amour. Se sentó cerca de la ventana y contempló, por un lado, más allá de un puente, y por otro, más allá de las cimas despojadas de unos árboles de forma redonda que se erguían entre casa y casa, el fantasma piramidal de una torre altísima velada de neblinas azuladas. Oía fluir piadosamente la vena pura de Bach y pensaba en don Giuseppe con la melancólica sensación de quien se aleja para siempre de su amada casa y vuelve la mirada a cada instante y, en cada giro del camino, ve desaparecer la última esquina, la última ventana. Su tristeza tenía una viva punta de desasosiego. Le habían escrito que entre las cartas del fallecido se había encontrado un pliego sellado en el cual estaba escrito de su puño y letra: «Para entregar a través de mi ejecutor testamentario en las manos de monseñor obispo». El recado se había efectuado, y rumores que llegaban del episcopio decían que en el pliego había una carta de don Giuseppe a su excelencia y un sobre sellado con la letra de otra mano. «Para abrirse después de la muerte de Piero Maironi». Referían también estas palabras del obispo: «Esperemos que el señor Piero Maironi, desde su desconocido paraje, vuelva a aparecer para informarnos de que está muerto».

Jeanne no sabía que Piero Maironi, antes de la noche en que se había marchado sin dejar rastro, había entregado a don Giuseppe el cuento escrito de una visión de su propia vida en el futuro y de

su propia muerte, visión que ella también ignoraba y que Piero tuvo en la pequeña iglesia cerca del hospital psiquiátrico donde su esposa se estaba muriendo. ¿Qué podría contener el sobre cerrado? Seguro que un escrito suyo; pero ¿acerca de qué? Una confesión, probablemente, de sus culpas. El concepto y la forma de esta acción encajaban bien con su innato misticismo, con el predominio de su imaginación sobre la razón, con sus características intelectuales. Tres años habían pasado desde el día en que Jeanne, desesperada, en Vena di Fonte Alta, se había dicho a sí misma que ya no volvería a amar a Piero y que no podría amar nada más en este mundo jamás. Sin embargo, todavía lo amaba y todavía, igual que en el pasado, lo juzgaba por su intelecto independiente del corazón: independencia tan ansiada por su orgullo. Lo juzgaba severamente por todas sus acciones, por toda su conducta, desde el momento en que lo había conquistado con ímpetu en el monasterio de Praglia hasta el momento en que sus labios se habían unido cerca de la fuente dell'Acqua Barbarena. Él se había mostrado incapaz de amar, incapaz de actuar, indeciso, femenino en la inestabilidad del alma. Eso lo había sido hasta el final: femenino; femenino, incapaz de ejercer ninguna crítica viril a su histerismo místico. ¿Había tal vez en este juicio una sinceridad imperfecta, un exceso rebuscado de amargura, un propósito vano de rebelión contra el prepotente e invencible amor?

Si se había hecho monje, Jeanne preveía que se arrepentiría. Era demasiado propenso a la sensualidad. Después de un periodo inicial de dolor y fervor, la sensualidad se despertaría, lo reconduciría a la revuelta en contra de una fe arraigada más en el sentimiento y en los hábitos de su edad que en el intelecto. Pero ¿en realidad se había hecho monje? Jeanne pensó que la torre colosal de Notre Dame, con su punta afilada que se dispara hacia el cielo,

las murallas tristes del Béguinage, el pobre, estancado y oscuro Lac d'amour y el mismo silencio solemne de la ciudad muerta le señalaban que sí, pero que sería irracional creer en ellos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Jeanne, a las diez, mientras se ponía los guantes, y mientras Carlino, que había dado a Noemi un extremo de su enorme bufanda bien estirada, sujetaba el otro en la nuca y luego giraba alrededor de su propio eje como un huso hasta hacerse el cuello más grande que la cabeza—. ¿Y justo yo tengo que ser el sacerdote de noventa años?

Carlino se enfadó porque Noemi se reía y no tenía bien estirada la bufanda.

—Tú o ella, no importa —contestó, cuando Noemi, después de colocarle la bufanda con un alfiler, dio por terminada su obra con el novelista en ciernes—. ¡Id adonde queráis! Lo importante es que ahora vayamos hacia el centro y volvamos por el otro lado del Lac d'amour. Y hablad de algo que os interese mucho.

—¿Estando usted presente? —dijo Noemi—. ¿Cómo es posible?

Carlino le explicó que no iría junto con ellas, sino que las seguiría con una libreta y un lápiz en la mano. Sin embargo, era necesario que ellas pararan de tanto en tanto, cuando él se lo dijera, y que, si les daba alguna otra indicación, ellas le obedecieran.

—Está bien —dijo Noemi—. Mientras tanto, vamos al Quai du Rosaire a ver los cisnes.

Caminaron hacia Notre Dame; Carlino detrás de las damas, a veinte pasos. En principio, fue una disputa continua, por las calles desiertas, entre la vanguardia y la retaguardia. La vanguardia caminaba demasiado rápido, y Carlino decía: «¿Con noventa años?

¿Con noventa años?»; o se reía, y Carlino: «Pero ¿qué hacéis? Pero ¿qué hacéis? ¡Silencio!»; o se detenía a mirar una antigua iglesia, las cúpides, los extraños pináculos a la luz de la luna, el cementerio junto a la iglesia, y Carlino: «¡Pero hablad, conversad, haced algún gesto! ¡Nada, la nariz al cielo!». De la vanguardia llegaban las rebeliones; las más duras, por parte de Noemi. Ella se dio la vuelta cerca del canal Dijver, pataleó y protestó diciendo que volvería a casa si el aburridísimo novelista en ciernes no dejaba ya de dar órdenes y de hacer reproches. Entonces Jeanne le susurró:

—Háblame de tu monje.

—¡Ah, el monje, sí! —contestó Noemi y gritó a Carlino que harían lo que les decía, pero que se quedara más alejado.

Desde Quai du Rosaire ya no se veían los cisnes que Noemi había divisado por la mañana mientras se pavoneaban en el canal y en él turbaban, con lentas estelas, los lánguidos espectros de la mezcla de casas y casitas que elevan desde el agua, como animales ahitos, sus largas caras orejudas y miran asombradas, algunas hacia una dirección, algunas hacia otra, bajo la atenta vigilancia del prominente torreón de las Halles. En ese momento, la luna alumbraba oblicuamente las casas y, en unas de ellas, reflejaba la sombra de las demás, y glorificaba chimeneas y pináculos, el puntiagudo sombrero de mago caldeo de una vieja torrecita, y, sobre toda la escena, la sublime diadema octagonal del poderoso campanario. Pero la luz no tocaba el agua negra. Sin embargo, Jeanne y Noemi, inclinadas en la barandilla, se quedaron mirando durante mucho tiempo —mientras Noemi seguía hablando— en esa agua oscura; y tan largo fue ese tiempo que Carlino pudo rellenar tres o cuatro páginas de su libreta y también dibujar los relieves con los que un ambicioso mercader de Brujas había envuelto la fachada de su casa con las cifras del año memorable de

1716, cuando el sol, la luna y las estrellas la vieron por primera vez.

El monje era un benedictino del monasterio de Santa Scolastica, en Subiaco. Se llamaba don Clemente. Era un conocido de la familia Selva. Giovanni lo había conocido por casualidad en el sendero de Spello, cerca de unas ruinas. Le había preguntado por el camino y habían empezado a charlar. Aparentaba haber superado desde hacía poco los treinta años y tenía unas maneras y un aspecto señoriales. La charla había versado antes acerca de las ruinas; luego, sobre los monasterios y la regla benedictina; y, después, sobre la religión. De la voz misma del benedictino emanaba algo similar a un aroma de santidad. Sin embargo, se notaba en él un espíritu ávido de saber y de pensamiento moderno. Se habían despedido con el deseo recíproco y la promesa de volverse a ver. El aura espiritual del joven monje, cuya belleza interior relucía en su rostro, había sido beneficiosa para Giovanni; y el joven monje había sentido la fascinación de la cultura religiosa de Giovanni, de los horizontes que la breve conversación había abierto a su fe ávida de la luz de la razón. Giovanni había oído hablar en Subiaco de un joven de noble cuna que había vestido el hábito benedictino en Santa Scolastica a causa de la muerte de la mujer amada. No tenía dudas de que era él. Luego, había preguntado a otros monjes, pero no había sacado en claro ninguna respuesta. Pero se habían vuelto a ver más veces y los dos se habían entretenido hablando largamente. Giovanni había prestado unos libros a don Clemente, y don Clemente había ido a casa de los Selva y había conocido a Maria. Había resultado ser músico y les había tocado un *Salmo del aurora* que él mismo había compuesto para órgano y canto, después de haber oído a Selva comparar el lento manifestarse del sol, desde el primer punto resplandeciente entre las nieblecitas hasta

la gloria triunfal del mediodía, con el lento manifestarse de Dios, desde el centelleante humo alrededor de los altos despeñaderos del Sinaí hasta la gloria triunfal que todavía no ha florecido por completo en el espíritu del hombre. En otra ocasión, Giovanni le había presentado cierta cuestión acerca de la cual ya había debatido anteriormente con Noemi: si a las almas humanas, al salir de esta vida, se les revela enseguida su suerte futura. La respuesta de don Clemente había sido que después de la muerte...

En este punto de la narración de Noemi, Carlino preguntó si tenía que montar allí tres tiendas para pasar la noche. Las mujeres se irguieron y se encaminaron por la rue des Laines.

—La respuesta —prosiguió Noemi— fue que, probablemente, después de la muerte, las almas humanas se encontrarían en un estado y un ambiente regulado por leyes naturales similares a las de esta vida; donde, como en esta vida, se podrá prever el porvenir por indicios, sin certezas.

Un viandante, al que habían encontrado en la entrada de la estrecha y tenebrosa calle, volvió atrás y, cuando pasó cerca de las señoras, las miró fijamente. Jeanne afirmó que tenía miedo de aquel hombre, se paró, llamó a Carlino y propuso volver a casa. Su voz estaba alterada de verdad, pero Carlino no se podía creer que tuviese miedo. ¿Miedo de qué? ¿No veía allí delante, a pocos pasos, las luces de la Grand-Place? Él conocía, además, a aquel hombre y lo pondría en su novela. Era el hermano de Edith, la mujer con cuello de cisne, ahora espíritu de las tinieblas, condenado a viajar de noche por las calles de Brujas por haber tratado de seducir a santa Gunhild, hermana del rey Harold. Cada vez que Carlino se había aventurado de noche por los barrios más desiertos de Brujas, había visto vagar sin rumbo a ese hombre siniestro.

—¡Bonita manera —dijo Noemi— de tranquilizar a la gente!
Carlino se encogió de hombros y declaró que el encuentro había sido afortunado porque le había dado la idea de llamar Gunhild a su heroína, ya que Noemi era un nombre de suegra.

Bajo la negra sombra de las enormes Halles, que se erguían desde el lado izquierdo de la calle, el hombre siniestro, que había vuelto sobre sus pasos, rozó casi a Jeanne, quien esta vez se estremeció de verdad. En aquel momento, las innumerables campanas repicaron entre las nubes sobre su cabeza.

Ella apretó convulsamente, sin hablar, el brazo de Noemi. Cruzaron la plaza en silencio. Carlino las llevó hacia una calle a la izquierda, también desierta, pero alumbrada completamente por la luna que dominaba las almenadas cúspides oscuras de las casas. Jeanne murmuró a su compañera:

—Démonos prisa, volvamos a casa enseguida.

Mas Carlino, al oír una música de baile que provenía del Hôtel de Flandre, les ordenó que se pararan y aferró presto la libreta. Noemi estaba contando algo sobre el Hôtel de Flandre, donde había estado viviendo unos años antes, cuando Jeanne le preguntó de repente:

—¿Es Maria quien te escribe una historia tan larga?

Noemi contestó, inquieta más que sorprendida:

—Sí, Maria.

—No entiendo —replicó Jeanne— por qué se ha tomado toda esta molestia.

Noemi no contestó. Carlino dio la orden de volver a ponerse en camino. Empezaron a andar y Noemi no hablaba.

—¿Eh? —prosiguió Jeanne—. ¿Por qué se habrá tomado toda esta molestia?

Noemi no habló. Jeanne le sacudió el brazo que todavía mantenía apretado.

—¿No contestas? ¿Qué opinas?

A pesar de que las dos, en ese momento, estuvieran en silencio, no oyeron a Carlino que gritaba que girasen a la izquierda. Este las alcanzó enfadado, las empujó con fuerza por la espalda hacia otra calle, y ellas obedecieron y nunca se dieron cuenta ni de esas voces ni de esas maneras.

—¿No contestas? —repitió Jeanne entre resentida y atónita.

Noemi le apretó el brazo a su vez.

—Esperemos a estar en casa... —dijo ella.

Carlino gritó:

—¡Deteneos bajo los árboles!

Sin embargo, Jeanne se detuvo enseguida al llegar a una inesperada plaza alumbrada por la luna, con pequeños árboles, cerca de uno de los enormes lados de la vetusta catedral. Se detuvo y, alargando el brazo que tenía bajo el de Noemi, le agarró la mano y le dijo temblando anhelosamente:

—Noemi, dímelo ya: ¿has contado algo a tu hermana?

Carlino gritó que podían pararse incluso allí, pero que simularan una conversación interesante.

Noemi contestó a la amiga con un «sí» tan débil, tan tímido, que Jeanne lo entendió todo. Maria Selva pensaba que el monje, este don Clemente, era Piero Maironi.

—¡Oh, Señor! —exclamó apretando muy fuerte la mano de Noemi—. Pero ¿lo dice, lo dice también?

—¿Qué?

—¡Cómo qué...!

Santo cielo, pero ¿qué necesitaba para que esta muchacha hablara claramente? Jeanne se soltó de ella, pero, enseguida, Noemi, asustada, se le volvió a agarrar al brazo.

—¡Muy bien! —gritó Carlino—. ¡Pero no demasiado!

—¡Perdóname! —suplicó Noemi—. Es una duda, al fin y al cabo, es una suposición. Sí, lo dice.

—¡No! —exclamó Jeanne, resuelta, rechazando la duda y la suposición—. No es él, no es posible. ¡Nunca fue músico!... No, no, no puede ser él, no puede ser él —se apresuró a decir a Noemi en voz baja, porque se acercaba Carlino. Este llegó, las alabó y expresó el deseo de que se adentraran despacio entre los árboles.

Bajo los árboles, Jeanne se lamentó, casi con desdén, de que la amiga hubiera esperado hasta aquel momento para hablarle de ese tema, que no hubiera hablado antes, en casa. Y volvió a afirmar que ese benedictino no podía ser Maironi, que Maironi nunca había sido músico. Noemi se justificó. Se había propuesto hablar a la vuelta del Hospital de San Juan, cuando fueron a ver a Memling, pero ¡Jeanne estaba ya tan triste! Sin embargo, habría hablado de ello si no hubiese llegado Carlino. Y ahora, durante el paseo, interrogada, no había sido capaz de eludir las preguntas. Si, cuando estaban paradas cerca del Hôtel de Flandre, Jeanne no hubiera encauzado la conversación hacia ese tema, la cosa se habría acabado allí; y ella, Noemi, habría vuelto a hablar del asunto solo en casa.

—¿Y tu hermana cree de verdad...? —preguntó Jeanne.

Allí estaba la cuestión, Maria dudaba. Parecía que el que estaba convencido era Giovanni. Giovanni estaba seguro; o, por lo menos, Maria escribía esto. A esta respuesta de Noemi, Jeanne saltó. ¿Cómo podía estar seguro el cuñado de Noemi? ¿Qué podía saber? Maironi no era capaz de tocar ni un solo acorde con el piano. ¡Esta era una verdad aplastante! Noemi observó sumisamente que en tres años podría haber aprendido, que los monjes tienen interés en educar músicos para tocar el órgano.

—Entonces, ¿tú también lo crees? —exclamó Jeanne.

Noemi tartamudeó un «no sé» tan inseguro que Jeanne, agitadaísima, declaró que quería ir lo antes posible a Subiaco, que quería saber. Ya había prometido a Maria Selva que llevaría a su hermana allí. Solo tenía que pensar en persuadir a Carlino para partir al punto. Noemi pareció asustada. Su cuñado no estaría de acuerdo en que la señora Dessalle fuera a Subiaco, tanto por la tranquilidad de ella como por la tranquilidad de don Clemente. Noemi tenía la misión de hacerle comprender que era mejor que renunciara. Selva se había recuperado y se ofrecía él para ir a recoger a su cuñada; también a Bélgica, si hubiera sido necesario. Se encontraba, en ese momento, ante la situación de combatir la idea de partir enseguida. No hizo otra cosa que irritar a Jeanne, quien afirmaba y reafirmaba que los Selva se engañaban, y no sabía aportar otro argumento a su violenta resistencia. Carlino, cuando oyó un seco «¡basta ya!» de su hermana, acudió rápidamente. ¿Peleaban?, ¿el sacerdote y la muchacha? ¿Ahora que iban a empezar las ternuras místicas?

—Déjenos en paz —contestó Noemi—. A estas horas, su sacerdote de noventa años se habría muerto de cansancio diez veces. No nos dé ya más órdenes. Les conduciré yo, que conozco Brujas mejor que usted. Y quédese cien pasos por detrás.

Carlino no supo replicar otra cosa que: «¡Oh, oh!... ¡Oh, oh!... ¡Oh, oh!», y la señorita D'Arxel se llevó consigo a Jeanne y se fueron caminando a lo largo de la verja del pequeño cementerio de Saint-Sauver. Le pareció que había llegado el momento de la última revelación.

—Creo que Giovanni tiene razón, ¿sabes? —dijo ella—. Este don Clemente es de Brescia.

Entonces Jeanne, presa de un ímpetu de dolor, ciñó con un brazo el cuello de la amiga y rompió a sollozar. Noemi, aterrada, le suplicó que se tranquilizara.

—¡Por el amor de Dios, Jeanne!

Esta le preguntó, entre sollozos sofocados, si Carlino sabía algo. Oh, no, pero ¿qué diría ahora?

—Aquí no nos puede ver —sollozó Jeanne.

Estaban en la sombra de la iglesia. Noemi se sorprendió de que Jeanne, presa de esa emoción, hubiese reparado en eso.

—¡Por lo que más quieras, que no sepa nada! ¡Por favor!

Noemi prometió que no hablaría. Jeanne se fue calmando paulatinamente y fue la primera que se movió. ¡Ah, estar sola, estar sola en su habitación! La visión de la torre de Notre Dame que se lanzaba hacia el cielo con sus chapiteles afilados le hizo daño, como la visión de un enemigo vencedor e implacable. Lo comprendía bien en ese momento, se había convencido durante tres años de que no tenía ya esperanzas. Cómo sufría y se debatía su esperanza, que creía muerta, cómo se obstinaba en atormentarle el corazón: ¡no, no, no se ha hecho monje, no es él! Ella apretó con un estremecimiento de deseo el brazo de Noemi. La voz consoladora se hizo más alicaída, desapareció. Seguramente era él, seguramente todo había terminado ya para siempre. El silencio de la noche, la tristeza de la luna, la tristeza de las calles sin vida, una brisa gélida que se había levantado se conjugaban con los pensamientos amargos.

Nada más superar Notre Dame, otra vez vieron deslizarse por la pared, por la parte oscura, al hombre siniestro. Noemi aceleró el paso, deseando ella también llegar a casa. Cuando Carlino se dio cuenta de que las dos mujeres iban derechas a la mansión en vez de coger el puente que conduce hacia la otra orilla del Lac d'amour, protestó. ¿Y eso? ¿Y la última escena? ¿Se habían olvidado? Noemi quería rebelarse, pero Jeanne, temerosa de que Carlino descubriera algo, le rogó que cediera.

—¡En el puente —gritó Carlino—, quedaos paradas dos minutos!

Se apoyaron en la barandilla mirando el ovalado espejo de agua inmóvil. La luna se había ocultado detrás de las nubes.

—Esta ausencia de luna es divina para mí —dijo Carlino—. Mas yo ahora daría la mitad de mi gloria futura por que en las nubes se abriera una pequeña ventana con una pequeña estrella en el medio que se pudiera reflejar en el agua. ¡Vosotras ni os podéis imaginar cómo me va a salir este último capítulo! Escuchad. En el Quai du Rosaire vosotras mirabais los cisnes...

—Pero si no había... —interrumpió Noemi.

—No importa —prosiguió Carlino—, vosotras mirabais los cisnes iluminados por la luna.

—Pero la luna no alumbraba el agua —dijo otra vez Noemi.

—Pero ¿qué importa? —replicó Carlino, irritado.

Y como Noemi observó que en ese momento era inútil arrastrarlas de un lado a otro de Brujas a esas horas, él comparó poéticamente su estudio preparatorio, sus anotaciones casi fotográficas, con el ajo, que en la cocina es necesario, pero que a la mesa no debe llevarse. Y siguió hablando de los cisnes y de la luna.

—Habéis contrapuesto entonces el candor vivo con el candor muerto. El viejo sacerdote expresa esto de manera deliciosa diciendo que tal vez el candor vivo de la joven ilumina sus pensamientos descoloridos, descoloridos como sus cabellos a causa de la muerte que se aproxima, y que ahora él siente en el alma un amanecer de candor tibio. Luego, murmura involuntariamente para sí mismo: «Abisag». Entonces, la joven le pregunta: «¿Quién es Abisag?», porque ella es ignorante como vosotras dos, que no sabéis quién es Abisag, mi primer amor. El sacerdote no contesta, y se encamina con la muchacha por la rue des Laines. Ella le pregunta de nuevo

quién es Abisag, y el anciano no contesta. Y entonces aparece esa siniestra sombra negra, que va y que viene, y que se desvanece con el sonido de las veinticuatro campanadas.

—No es exacto —murmuró Noemi.

Carlino estuvo a punto de decirle: «¡Estúpida!».

—El sacerdote —prosiguió— compara aquella sombra negra con un espíritu maligno que va y que viene alrededor de los espíritus cándidos (vosotras no entendéis qué relación hay, pero existe), anhelante de penetrar dentro de ellos, él junto con otros peores que él. Después (y aquí la relación no la he encontrado todavía, pero la encontraré), se empieza a hablar del amor. Vosotras habéis cruzado la Grand-Place. Esta noche no había música, pero habitualmente sí, y supongo que entre la gente hay siempre intercambios de miradas de amor, como en todo el mundo. El viejo torreón y el viejo sacerdote se muestran algo indulgentes; en cambio, la joven considera necias estas formas de amor, las desdeña. Es el amor de la tierra, dice el sacerdote. Y, luego, el Hôtel de Flandre, la música del baile nupcial.

—¿Cómo? —exclamó Noemi—. ¿Era un baile nupcial?

Carlino apretó, agitó los puños y sopló de irritación; y prosiguió, después de un suspiro:

—La joven pregunta: «¿Existe un amor del cielo?». Entonces, yo os dije que os pararais bajo los árboles de Saint-Sauver, y vosotras, en cambio, os habéis parado en la entrada a la plaza. No importa, se veía la catedral, es suficiente. El sacerdote contesta: «Sí, existe un amor del cielo». La majestuosidad de la antigua catedral, de la noche, del silencio, lo exalta. Él habla. No puedo deciros ahora sus palabras, lo tengo muy confuso en la cabeza, pero, en resumen, la esencia es esta: que también el amor del cielo nace en la tierra, pero nunca llega a la madurez aquí. El viejo se dejará

llevar a la confesión. Confesará con el pecho jadeante, con la palabra encendida, que no sintió particulares inclinaciones hacia personas, ni inclinaciones de las que tuviera que avergonzarse, sino una aspiración intelectual y moral a unirse con una feminidad incorpórea que fuera complemento de su ser incorpóreo, pero al mismo tiempo que se quedara tan separada como para que pueda existir el amor entre una y otro.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró Noemi.

Carlino estaba tan exaltado que no la oyó.

—Al anciano le parece —dijo él— vislumbrar en esta unión una trinidad humana similar a la divina Trinidad y, entonces, considera correcto, considera sagrado que el hombre aspire a ello. Finalmente, él se queda en silencio, satisfecho y palpitante por las cosas que acaba de decir, y se encamina hacia Notre Dame. La joven lo coge del brazo. Aparece el hombre siniestro, el espíritu tentador. ¡Lo habéis visto claramente! ¡Decidme si todo esto no está bien ideado, si no está bien trabado! El anciano y la joven lo rehúyen, pero, como el cielo, también el corazón de ellos se ensombrece. Ahora necesitaría una pequeña ventana entre las nubes y una estrellita en el medio. El anciano y la joven mirarían en silencio la estrellita que tiembla en el Lac d'amour, y muchos movimientos secretos de sus pensamientos los conducirían a esta idea: ¡tal vez, más allá de las nubes de la tierra, allá, en aquel mundo lejano...!

Jeanne no había pronunciado ni una palabra ni manifestado atención alguna a la narración del hermano. Reclinada sobre la barandilla, miraba en el agua oscura. De repente, se irguió de manera impetuosa.

—¡Pero tú no crees en esto! —exclamó—. ¡Tú sabes que son ilusiones, sueños! ¡A ti no te gustaría que yo lo creyera! ¡Serías capaz de echarme de casa!

—¡No! —protestó Carlino.

—¡Sí! ¡Y, para hacer bella literatura, empiezas a fomentar tú también estos sueños que crisan tanto a la gente, que distraen tanto de la vida verdadera! ¡No me gusta nada! ¡Un incrédulo como tú! ¡Un convencido, así como estoy convencida yo, de que nosotros somos pompas de jabón que brillan un momento y, luego, regresan no a la nada, sino al Todo!

—¿Yo? —contestó Carlino, aturdido—. Yo no estoy convencido de nada. Yo dudo. Es mi manera de ser, lo sabes bien. Si ahora alguien me dijera que la verdadera religión es la de los negros o la de los pieles rojas, diría: ¡tal vez! ¡No las conozco! Yo veo la falsedad de aquellas que conozco, y por eso no me gustaría que tú te hicieras católica de verdad. ¡Pero echarte de casa...!

—Y entretanto, ¿puedo ir, antes de que me eches?

Y, al decir esto, Jeanne cogió del brazo a Noemi. Carlino les rogó que dieran la vuelta alrededor del Lac d'amour. Quién sabe, tal vez mientras tanto se abriría la pequeña ventana en el cielo. Era importante para él. Noemi manifestó la duda, recordando la conversación de unas horas antes, de que a la ventana se asomase justo la *señorita* Fomalhaut.

—Es verdad —dijo Carlino, pensativo—. No había vuelto a pensar en Fomalhaut. Si no es Fomalhaut ahora, será Fomalhaut después.

Sin embargo, Noemi no había terminado con sus dificultades. ¿Y si a la ventana no se asomase ninguna estrella, ni grande ni pequeña? A esto Carlino le encontró enseguida una solución. Habrá estrella. Podrá ser telescópica, perdida en una profundidad inmensa, pero sí que la habrá. La joven no la ve; la ve el sacerdote, con sus ojos de prósbita vetusto. Después la ve también la joven, gracias a la fe.

—Y así, esa pobre muchacha —dijo Jeanne con amargura—, apoyándose en la fe de un viejo cura medio ciego, verá unas estrellas que no existen, perderá su sentido común, su juventud, su vida, todo. ¿Harás que la entierren allí, en el Béguinage, luego?

Y echó a andar con Noemi, sin esperar respuesta.

Después de dar la vuelta alrededor del Lac d'amour, las dos mujeres se detuvieron durante un largo rato en el otro puente; mas ninguna pequeña ventana se abrió en el cielo. El lejano torreón de las Halles, el enorme campanario de Notre Dame, una maciza torre cerca del pantano, las puntiagudas cúspides del Béguinage se dibujaban, como un venerable concilio de altos ancianos, en las nubes lácteas. Carlino, al no poder hacer nada mejor, empezó un razonamiento en voz alta sobre el sitio más oportuno para su ventana.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Jeanne a la amiga, en voz baja.

—Sábado.

—Mañana hablo con Carlino; el lunes y el martes arreglamos varios asuntos; el miércoles preparamos las maletas; y el jueves partimos. Puedes escribir a tu hermana y decirle que estaremos en Subiaco la semana que viene.

—¡No tomes la decisión así! ¡Piénsalo antes!

—Ya lo he decidido. Quiero saber. Si es él, no obstaculizaré su camino. Pero lo quiero ver.

—Mañana volvemos a hablar del tema, Jeanne. No decidas aún.

—He pensado y tomado mi decisión.

La medianoche sonó en el torreón de las Halles; sonó en las nubes, largamente, el solemne canto melancólico de las innumerables campanas. Noemi, que en un primer momento quería

insistir, se quedó en silencio, con el corazón apesadumbrado; como si aquellas melancólicas voces del cielo nocturno le hablaran del destino de su amiga, de un destino de amor y dolor, que tuviera que llegar a cumplirse.